

Notas sobre conflictos, acciones colectivas, protestas y movimientos sociales a principios de un siglo

Por Adrián Scribano¹

“...las nuevas posibilidades de una sociedad humana y de su modo circundante no son ya imaginables como continuación de las viejas, no se pueden representar en el mismo continuo histórico, sino que presuponen una ruptura precisamente con el continuo histórico, presuponen la diferencia cualitativa entre una sociedad libre y las actuales sociedades no-libres...” Marcuse

Introducción

Estamos viviendo los primeros quince (15) años del siglo XXI y en dicho contexto se están redefiniendo las prácticas y el andamiaje teórico para identificar y comprender las acciones colectivas, las protestas y los movimientos sociales.

En estos quince años los bienes, los agentes y las redes de conflicto se han multiplicado y metamorfoseado, las disputas se han globalizado y las visibilidades colectivas se han re-estructurado. La depredación, la represión y las políticas de las sensibilidades a nivel global han generado complejas interacciones de aceptación/denegación de la reticularidad del poder a nivel mundial.

El estado de cosas aludidos se puede constatar desde Latinoamérica, pasando por Europa hasta llegar a Medio Oriente haciendo evidente la magnitud de su extensión. Desde las numerosas disputas contra la minería a cielo abierto en nuestra región, pasando por las consecuencias institucionales de los “indignados” en España, por ejemplo, hasta llegar a los efectos de la así llamada “primavera árabe” se revela la multiplicidad aludida.

El presente escrito, en base a nuestra experiencia e indagación empírica en Argentina, tiene por objetivo llamar la atención sobre la aparición de “topologías del rechazo” cuya identificación y análisis pueden dar pistas para comprender la situación de la conflictividad hoy. Las aludidas topologías las pensamos como el resultado de la tensión dialéctica entre prácticas intersticiales, interdicciones colectivas y experiencias de afirmación por lo cual hemos trazado la estructura argumentativa del presente artículo comenzando por una exposición sintética de dicha dialéctica y concluyendo con un esbozo de lo que entendemos por “topologías del rechazo”.

En este contexto, sin abandonar el diagnóstico que desde hace más de una década venimos realizando sobre la situación imperial, colonial y dependiente del Sur Global en general y de la Argentina en particular y sin tomar ninguna atajo acolchonado por ningún tipo de miserabilismo, romanticismo y solidarismo cínico queremos aquí señalar algunas situaciones que desmienten la situación actual de la economía política de la moral.

¹ Investigador Principal del CONICET –IIGG-UBA; Director del CIES. E-mail de contacto: adrianscribano@gmail.com.



Prácticas Intersticiales

Desde hace más de 7 años venimos insistiendo en la necesidad de reparar en un conjunto de prácticas sociales que permiten mirar al bies a las políticas de las sensibilidades del capitalismo actual, que posibilitan identificar un conglomerado de acciones que niegan los contenidos normativos de la religión neo-colonial y que están ligadas a modos hacer colectivos: las practicas intersticiales.

Como hemos sostenido en otro lugar (Scribano, 2009), existen en la “vida de todos los días” de los millones de sujetos expulsados y desechados del Sur Global pliegues in-advertidos, intersticiales y ocluidos. Se efectivizan así prácticas de la vida vivida en tanto potencia de la energías excedentes a la depredación. En este contexto aparecen en el horizonte de compresión, prácticas para las cuales la sociología no tiene -usualmente- un plexo crítico, conceptual y metodológico demasiado elaborado. Algunas de las prácticas aludidas son la felicidad, la esperanza y la reciprocidad, que de un modo u otro emergen como contracara de los ejes de la religión neo-colonial. Prácticas intersticiales son aquellas relaciones sociales que se apropian de los espacios abiertos e indeterminados de la estructura capitalista generando un eje “conductual” que se ubica transversalmente respecto de los vectores centrales de configuración de las políticas de los cuerpos y las emociones. Por lo tanto, no son prácticas ortodoxas ni son paradójicas y tampoco heterodoxas en el sentido conceptual que les diera a estas Pierre Bourdieu.

Entre muchas maneras de entender conceptualmente qué significan las prácticas aludidas, mencionaremos aquí tres de ellas: como pliegues, como quiebres y como partes “no esperadas” de un puzzle.

Las prácticas intersticiales se anidan en los pliegues inadvertidos de la superficie naturalizada y naturalizante de las políticas de los cuerpos y las emociones que supone la religión neo-colonial. Son disrupciones en el contexto de normatividad. Son emergencias que (rebelan y) se revelan respecto del vacío inercial al que limita el consumo mimético, al etiquetamiento de la imposibilidad al que condena la resignación y al encerramiento al que sirve el solidarismo. Las prácticas a las que nos referimos se actualizan e instancian en los intersticios entendiendo a estos como los quiebres estructurales por donde se visibilizan las ausencias de un sistema de relaciones sociales determinado. Estos quiebres son espacios irregulares donde los sujetos construyen un conjunto de relaciones tendientes a soldar la estructura conflictual pero con estaños diferentes y múltiples. Soldaduras que atraviesan los cuerpos y la emociones potenciando los re-apasionamientos, uniendo con reciprocidad donde existía consumo mimético, conjugando el nosotros del gasto festivo donde había solidarismo y expandiendo la esperanza donde se daba la resignación. La metáfora pictórica del puzzle es una representación insuficiente pero “disparadora” para observar cómo en el marco de un conjunto de relaciones sociales hay otras que corresponden a la “entrancias” y “salencias” de lo que la figura insinúa. Lo intersticial entonces se adentra y sale del puzzle de modo contingente e indeterminado, pues depende de su configuración histórica estructural particular.

Una crítica a la trinidad colonial significa producir condiciones de observabilidad sobre las prácticas intersticiales aludidas e implica el siguiente recorrido dialéctico: a) del consumo mimético pasar a la observación del intercambio recíproco (más allá del capital social) y el don; b) del solidarismo pasar a la observación del gasto festivo y c) de la resignación pasar a la observación de la confiabilidad y la credibilidad (como crítica sistemática a lo ideológico y re-semantización de la esperanza).



Interdicciones Colectivas

Una mirada a las acciones colectivas desde los años cincuenta del siglo XX hasta nuestros días nos permitiría descubrir desde diversas geografías y posiciones/condiciones de clase la existencia de múltiples experiencias de lucha contra las consecuencias de la expansión capitalista. En el marco aludido se instanciaron prácticas revolucionarias, insumisas, rebeldes y de resistencia que marcaron la conflictividad de aquellos años. Por nuestra parte y para la primera década de los años 2000 hemos identificado las Interdicciones Colectivas (IC) como la práctica colectiva que los caracteriza (Scribano, 2012).

Frente a la violencia y la represión, *más acá* de los movimientos sociales, y con una estructura colectiva particular se elaboran las interdicciones colectivas. Acompañadas por diversos actores de protestas sociales anteriores, movimientos sociales, ONGs y “actores políticos” de los más diversos, las IC nacen como un freno a las violencias, usurpaciones y desposiciones de lo que un(os) colectivo(s) designa(n) como común.

Obviamente ancladas en redes conflictuales precedentes como toda acción colectiva, con diversos grados de articulación y recuperación del recuerdo y la memoria de protección del bien o los bienes colectivos amenazados, la IC son una acción de defensa de sentidos anidados en unas geopolíticas y geoculturas particulares. Son una torsión más de las bandas de moebio que conectan y reconectan la constitución de un nosotros en su indeterminación y contingencia.

Una IC promueve y retoma una estética del “hasta ahí, no más”, del “esto es demasiado”, es una traza que raya los límites de desposesión por un lado y redefine la paciencia y la espera como virtudes cívicas de las democracias menguadas en su núcleo utópico por otro. Una IC es una práctica temporal y espacial, implica la re-definición procesual de límites, márgenes y bordes. Es decir, la IC son un “paquete tiempo-espacio” que busca y elabora sentidos sobre lo existente delimitando y redelimitando de lo común. Las prácticas de colonización involucran acciones para definir territorios, encapsular geografías y gestionar ciudades y pueblos. Dichas prácticas tienen como consecuencia elaborar cartografías y diagramáticas que encierran y custodian los bienes comunes en tanto objetos de desposesión: arman límites, márgenes y bordes. Una IC incorpora una raya al avance de lo colonial haciéndose fuerte en lo que hay de colectivo en lo usurpado.

Las IC se pueden entender como: a) Objeciones plurales y contingentes a las ataduras configuracionales de las sujeciones efectivas; b) Oposiciones sistemáticas a la desposesión de energía y c) Impugnaciones a las modalidades de represión existentes.

Por ejemplo, son IC las acciones en contra de la fumigación, las prácticas para frenar extensión la frontera agrícola con monocultivos o las protestas por la contaminación de las aguas. Estas muestran claramente que las ataduras de las sujeciones tienen límites, que la desposesión de energía planetaria, social y corporal es valorada como un punto crítico por los pueblos, sujetos y colectivos sociales y que ningún tipo de amenaza, coacción, y violencia pueden desdibujar los intentos de poner freno a la dominación colonizante.

Las IC son oposiciones a la expansión sin límites de poder sobre la vida en común, cuyo objetivo es poner freno, es “trazar una raya” en un tiempo-espacio que está asociado un bien colectivo y, entre otras cosas, es contener el avance de apropiaciones unilaterales e ilegítimas.



Las Experiencias de Afirmación

En miles de barrios pobres y de villas miserias; en innumerables asentamientos urbanos o rurales, en incontables espacios comunales, colectivos o públicos todos los días en nuestra región en particular y en el Sur Global se performan *experiencias de afirmación*.

Dichas experiencias son el conjunto de prácticas del sentir compartidas alrededor de interacciones orientadas a elaborar satisfactores en conexión a demandas colectivas/individuales.

Las interacciones que dan lugar a las prácticas del sentir aludidas pueden tener múltiple modalidades, objetivos y grados de institucionalidad colectiva, pública y/o de mercado. En la misma dirección las demandas con las cuales se ligan las interacciones pueden conectarse tanto a carencias, necesidades y/o deseos. Las diversas formas mediante las cuales se pueden articular interacciones y demandas depende de las diferentes satisfactores que sean elaborados, de las estructuras de los mismos y los sentidos que le sean otorgados.

Las experiencias de afirmación se producen entonces en el marco de actividades que van desde las clases de danza, pasan por los cines y las radios barriales hasta llegar a iglesias y partidos políticos. Son miles de interacciones en torno comedores (infantiles, adulto mayores, etc.), gimnasios, micro-emprendimientos comunitarios, servicios colectivos (de agua, luz, etc), construcción de viviendas, salones comunitarios, plazas, etc., etc., y un largo etc.

Surgen así modos de estar en común que elaboran un “nos-otros”, una conexión intersubjetiva de acuerdo a fines y unos bordes compartidos donde el resultado más evidente (y valorado) es la afirmación del contenido común de la subjetividad.

Sentirse uno, sentir que todos son uno, elaborar un paréntesis en las relaciones agónicas, reconocer pares y sensación de modificaciones son, entre otras varias, los posibles contenidos de las prácticas del sentir que constituyen las aludidas experiencias.

Son prácticas donde se instancian mecanismos de asociación afectiva/cognitiva que, al menos parcialmente, se asocian a una forma de identidad colectiva y a procesos de identificación. Identificarse implica inversión emocional, inscripción de energía e imitación cognitivo afectiva y dicha identificación es una de las claves de bóveda de la afirmación como práctica del sentir. “Ser-parte-de”, “construir-un-espacio”, reconocer y ser reconocido resultan nodos de unas experiencias donde la radical intersubjetividad de la identidad subjetiva deviene recurso de afirmación de la misma.

Topologías del Rechazo

Las últimas tres décadas nos han dejado lecciones contradictorias y claras sobre los procesos de estructuración social en relación a las acciones colectivas, institucionalidades políticas y transformaciones sociales. Ni los actores democráticos que se renovaron luego de las dictaduras y guerras civiles, ni los movimientos sociales de lucha contra el neoliberalismo, ni las “organizaciones sociales” en la mentadas pero no instanciadas democracias de movilización, ni las estructuras sacrificiales y espectacularizadas en torno a líderes carismáticos parecen haber sido eficientes en la destitución del sistema capitalista como



régimen de depredación y expulsión. En el contexto de estas tres décadas los procesos de estructuración social se han configurado en la trama de vertiginosas modificaciones que van desde la masificación de internet y las redes sociales, pasan por redefiniciones drásticas de los consumos conspicuos hasta llegar a las múltiples formas de violencia cotidiana (genero, étnica, narco, etc.).

Tres décadas que nos han heredado un conjunto de síntomas, mensajes y ausencias que nos permiten identificar modificaciones en las regularidades y también en las contingencias. En este contexto es posible identificar zonas de *estructuras de inadecuación* que vamos a comprender como aquellas formas irregulares e inestables donde se han asentado un conjunto de prácticas que niegan los procesos de reproducción de las sociedades normalizadas en el disfrute inmediato a través del consumo (Scribano, 2013). Zonas que mapean las prácticas que son inapropiadas e inubicables en los moldes que se espera tanto desde la normalización de la sociedad como desde la adecuada incorrección política progresista. Comprendiendo inadecuación como lo que se desvía, sale y contrapone a lo que es apropiado y apropiable, a lo que es aceptable y aceptado, como aquello que es desubicado, fuera de lugar y no esperado, se pueden identificar un conjunto de prácticas con la cuales es posible constituir nodos de figuras/formas en tanto zonas.

Zonas que se instancian pese a la reproducción de un sujeto recortado al talle del consumo, que se elaboran a pesar de la masividad de unos colectivos que disfrutan de la espectacularización como espacio de lo político, que se tensionan con las múltiples maneras del callar.

Son zonas que en su tramarse/tejerse dialectizan los debes, las faltas y las inconsistencias de las prácticas intersticiales, las interacciones colectivas y experiencias de afirmación, pero que a la vez absorben y re-estructuran sus potencialidades.

Las prácticas intersticiales que recorren el día-a-día de la vida implican a familiares, amigos, vecinos y allegados, constituyen esas localizaciones entre lo individual/colectivo donde se desmienten las sensibilidades aceptadas/aceptables, pero no son revolucionarias o anti-sistémicas. Las interdicciones colectivas se multiplican y su densidad aumenta “proporcionalmente” con las fuerzas de expansión del capital sobre los bienes comunes, pero no buscan cambiar el sistema, más bien se concentran (con diferentes eficacia) en hacer que no “crezca”. Las experiencias de afirmación son las formas privilegiadas de accionar colectivas en los contextos del “mundo del no”, la segregación racializante y la represión, pero se sostienen con cuantos de autculpabilización y autoresponsabilización que no cuestionan el consumo mimético ni el solidarismo de la religión neo-colonial.

Es justamente en esta cinta de moebio que implica la dialéctica entre prácticas intersticiales, interdicciones colectivas y experiencias de afirmación que se han constituidos zona de inadecuación que traman/abren las posibilidades de unas cartografías otras: topologías del rechazo.

En términos teóricos epistémicos dichas zonas pueden ser pensadas en la conexión entre el gran rechazo de Herbert Marcuse (2001a, 2001b) la topología de René Thom (1977, 1976) y el principio de esperanza de Ernest Bloch (1996). En este contexto, para nosotros, las inciertas y contingentes prácticas de rechazo se asocian a geometrías de los cuerpos y gramáticas de las acciones que co-constituyen topologías sociales.



Rechazar es un término que proviene de la palabra francesa “rechacier” que derivada de “chacier” equivalente a nuestro cazar y que nos orienta a un retomar la iniciativa, a persistir en la búsqueda y en la confianza de estar para el fruto. Son topologías que se nutren de pregnancies que devienen actos de instanciación de viejas/nuevas herencias.

Rechazar también es consecuencia del rehusar, del negarse a seguir en una reproducción, del dejar de aceptar más allá que no se pueda identificar sino caminos en morfologías desconocidas y lábiles.

Las topologías del rechazo son formas que componen unos campos de fuerzas contradictorios, unas morfologías de la negación y una cinta mobesiana de denegaciones. Decir que no, sostener la distancia, desmentir la resignación son prácticas que configuran la vida vivida en autonomía y tal vez la clave de las marchas futuras de lo colectivo.

Ni las prácticas intersticiales, ni las interdicciones colectivas, ni las experiencias de afirmación por si solas son suficientes para un acto inaugural de autonomía. Tendremos que esforzar la sutileza de la observación para captar las nuevas situaciones donde se gesten topologías del rechazo a partir de la tensión mobesiana entre las tres.

Tal vez sean estas las mejores pistas para pensar el contenido de las acciones colectivas a principios del siglo XXI. No hay que olvidar, como dice Thom, que “las pregnancies se comportan como fluidos que se infiltran en el campo fenoménico de las formas vividas según los dos modos de la contigüidad y de la similaridad”.



Referencias Bibliográficas

BLOCH, E. (1996). *The Principle of Hope. Volume One*. Reino Unido: Basil Blackwell.

MARCUSE, H. (2001a). “Beyond one-dimensional man”, en: *Collected papers of Herbert Marcuse. Volume Two*. Editado por Douglas Kellner. Reino Unido: Routledge

_____ (2001b) “The Movement in a New Era of Repression”, en: *Collected papers of Herbert Marcuse Volume Three*. Editado por Douglas Kellner. Reino Unido: Routledge.

SCRIBANO, A (2013) “Una aproximación conceptual a la moral del disfrute: Normalización, consumo y espectáculo”, en: *RBSE – Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*. Volume 12 - Número 36 – Dezembro, pp. 738-751 Paraíba, Brasil .

_____ (2012) “Interdicciones colectivas, violencia y movimientos sociales hoy”, en: *Revista Actuel Marx/Intervenciones*, N°13, segundo semestre 2012, Santiago, Chile.

_____ (2009) “¿Por qué una mirada sociológica de los cuerpos y las emociones? A Modo de Epílogo”, en: Scribano, A, y Figari, C. (Comp.) *Cuerpo(s), Subjetividad(es) y Conflicto(s) Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica*. Buenos Aires: CLACSO-CICCUS.

THOM, R. (1977) “Structural Stability, Catastrophe Theory, and Applied Mathematics: The John von Neumann Lecture, 1976”, en: *SIAM Review*, Vol. 19, No. 2. (Apr., 1977), pp. 189-201.

_____ (1976) “Crise et catastrophe”, en: *Communications*, 25, La notion de crise. pp. 34-38.

